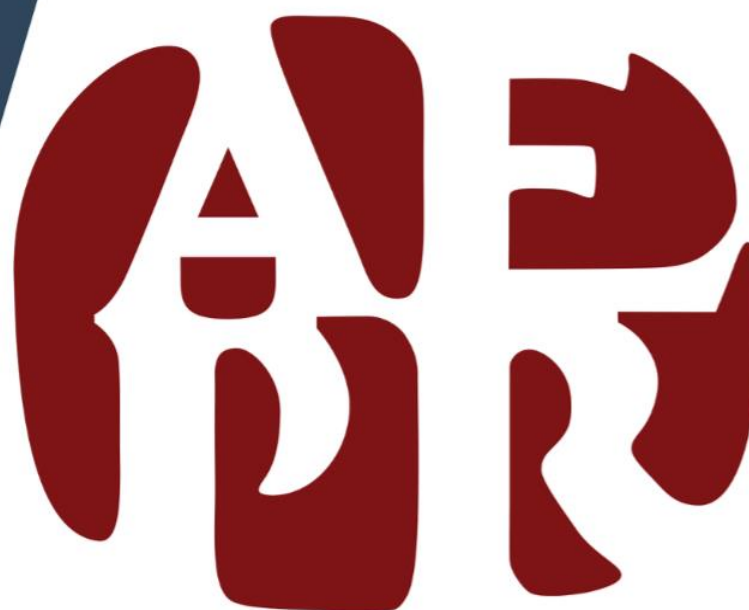


BOLETÍN AEPR



**ASOCIACIÓN DE
ECONOMISTAS DE
PUERTO RICO**



**BOLETÍN NO. 02-2025
EDICIÓN ESPECIAL**

Junta de Directores 2024-2025

Alba Bruguera Fabre
Presidenta

Martha G. Quiñones Domínguez
Tesorera

Indira Luciano Montalvo
**Presidenta, Comité Mujeres
Economistas**

Héctor S. Tavárez Vargas
Presidente Electo

Ricardo Fuentes Ramírez
Pasado Presidente

Janselyn De Santiago Ayala
**Secretaria y Representante
Estudiantil**

Alejandro López Flores
Representante Estudiantil

Vocales:

Kimberly Massa Núñez
Magaly López
Gabriel Padró Rosario
Frederick Thon
Joel Viera Pedroza

Emilie Viqueira Keller
Luis R. Rodríguez Rodríguez

Junta Editora 2024-2025

Héctor Romero Ramírez
Presidente

Martha G. Quiñones Domínguez

Indira Luciano Montalvo



ÍNDICE

MENSAJE DE LA PRESIDENTA	4
Alba Brugueras Fabre	
DESDE LA JUNTA EDITORA	5
Indira Luciano Montalvo	
EL MUNDO DE LOS NIETOS	6
Francisco A. Catalá Oliveras	

MENSAJE DE LA PRESIDENTA

Colegas Economistas,

Reciban un saludo cordial de parte de la Junta de Directores y de esta servidora.

Es para mí un honor presentar una edición especial del Boletín de la Asociación de Economistas de Puerto Rico (AEPR), iniciativa de la Junta Editora en colaboración con la Unidad de Investigaciones Económicas de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. En esta ocasión, reproducimos la conferencia magistral pronunciada por el querido y distinguido economista, Francisco Catalá Oliveras, con motivo de la celebración de la cuadragésima Asamblea Anual de nuestra organización, celebrada el pasado 25 de octubre de 2024 en la Pontificia Universidad Católica, Recinto de Ponce, y a quien se le dedicó la asamblea, en reconocimiento a sus aportaciones en su reputada trayectoria como economista.

Catalá es maestro de economistas y encarna los valores éticos de nuestra profesión. Así quedó demostrado en su conferencia “El mundo de los nietos” y en el que nos invita a reflexionar sobre las visiones de John Maynard Keynes y John Stuart Mill respecto al futuro y cómo estas se contrastan con la realidad actual. Su análisis nos invita a pensar críticamente sobre los avances tecnológicos, las persistentes desigualdades sociales y la necesidad de instituciones justas para encaminar el porvenir de las próximas generaciones, y que sea uno sostenible, y más humano.

Con ello, reafirmamos el compromiso de la AEPR de promover el análisis crítico y el debate informado sobre los retos económicos y sociales de nuestro tiempo. En esta ocasión de la mano de un economista de la talla de Francisco Catalá Oliveras.

Espero que disfruten de este boletín especial y les invito también a someter sus aportaciones a la Junta Editora para seguir enriqueciendo nuestro acervo de ideas, reflexiones y debates.

Cordialmente,

Alba Brugueras Fabre, PhD
Presidenta 2024-2025
Asociación de Economistas de Puerto Rico

DESDE LA JUNTA EDITORA

Estimados colegas,

La Junta Editora de la Asociación de Economistas de Puerto Rico (AEPR) les extiende un cordial saludo. Este número especial presenta la Conferencia Magistral *El mundo de los nietos*, del destacado y muy querido economista puertorriqueño, colega y amigo, Francisco Catalá Oliveras. Se trata de la primera colaboración entre la Unidad de Investigaciones Económicas del Departamento de Economía de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras (UPR) y la Asociación de Economistas de Puerto Rico, a través de la Junta Editora del Boletín. Como parte de los cambios implementados este año, la Junta Editora publicará en adelante la conferencia magistral de los y las colegas homenajeados/as en las Asambleas Anuales. Agradecemos al estudiante graduado de nuestro programa, Justin Román, su valiosa colaboración en el montaje de este número especial.

El Dr. Francisco A. Catalá Oliveras es un economista puertorriqueño de amplia trayectoria intelectual, nacido en Yauco, que ha dedicado gran parte de su vida académica a interpretar el desarrollo económico de Puerto Rico con una mirada crítica y un profundo sentido histórico. Completó sus estudios de bachillerato y maestría en la Universidad de Puerto Rico, y obtuvo su doctorado en Economía en la Universidad de Georgetown.

Durante su carrera fue catedrático del Departamento de Economía de la UPR en Río Piedras, del cual hoy es profesor jubilado. En su obra académica ha abordado tópicos esenciales para Puerto Rico: la dependencia económica, la debilidad institucional, los ciclos de desarrollo y crisis, y las posibilidades de reformas para construir un modelo más autónomo y equitativo. Esperamos que las nuevas generaciones de estudiantes, así como la comunidad de economistas y el público en general, disfruten la lectura de esta Conferencia Magistral y se animen a profundizar en la obra del Profesor Catalá Oliveras, reflexionando sobre los retos económicos que enfrenta Puerto Rico en el siglo XXI.

Si tienen alguna pregunta de cómo someter trabajos para publicación, pueden comunicarse al siguiente correo electrónico:

✉ hromero9722@gmail.com; correroaepr@gmail.com

Cordialmente,

Indira Luciano Montalvo
Junta Editora
Asociación de Economistas de Puerto Rico

El mundo de los nietos

Francisco A. Catalá Oliveras

¿Quién no intenta anticipar el mundo que le espera a sus hijos y a sus nietos? Unos, con perspectivas pesimistas, se sienten hasta culpables porque creen que el legado que su generación le dejará a sus sucesoras dista de lo soñado o prometido; otros, más optimistas, apuestan por un futuro mucho más prometedor y rico que el presente. A este segundo grupo perteneció John M. Keynes, el economista más conocido e influyente, tanto en teoría como en política económica, del siglo 20.

Durante el verano de 1930 Keynes pronunció una conferencia en Madrid titulada “Las posibilidades económicas de nuestros nietos”. Al cierre de ese mismo año cobró forma de ensayo literario. En plena Gran Depresión el osado economista se aparta de lo que consideraba dos erradas y ruidosas actitudes: “El pesimismo de los revolucionarios, que creen que las cosas están tan mal que no nos puede salvar más que un cambio violento, y el pesimismo de los reaccionarios, que consideran tan precario el equilibrio de nuestra vida económica y social que piensan que no debemos correr el riesgo de hacer experimentos”.

Keynes anticipa que en el plazo de cien años, este tiempo prácticamente se ha agotado puesto que en 2030 se cumple el plazo; se habrá resuelto el problema económico: quedará superada la lucha por satisfacer necesidades mediante el uso de recursos limitados. En ese futuro keynesiano, gracias a la acumulación de capital y al avance tecnológico, se estará, en promedio, ocho veces mejor “en sentido económico” y los “nietos” apenas trabajarán quince horas a la semana. El reto será “cómo ocupar el ocio”. Supone, como condición para alcanzar tal nivel de vida, que no haya guerras importantes ni gran crecimiento poblacional.

También pronostica alteraciones en los códigos morales: “El amor al dinero como posesión – a diferencia del amor al dinero como un medio para gozar de los placeres y realidades de la vida – será reconocido por lo que es, una morbosidad algo repugnante, una de esas propensiones semidelictivas, semipatológicas, que se ponen, encogiendo los hombros, en manos de los especialistas en enfermedades mentales”.

Pues bien, transcurrido casi un centenar de años desde que Keynes intentara vislumbrar el mundo de sus nietos, es evidente el extraordinario progreso en la ciencia y en la tecnología. Campos como la medicina, la transportación, las comunicaciones y la robótica serían irreconocibles para el

famoso economista. En los hogares se han tornado comunes numerosos enseres inexistentes en el año 1930: televisores, acondicionadores de aire, máquinas de lavar y secar, microondas, computadoras. Cuesta imaginar qué pensaría el autor de *La Teoría General*, el libro fundacional de la macroeconomía, del potencial de la llamada inteligencia artificial. ¿Apocalipsis o promesa?

Sobre bases agregadas y estrictamente materiales podría argumentarse que Keynes no anduvo tan despistado. Del año 1930 en adelante, a pesar de que las costosas guerras no han desaparecido de la siniestra agenda de los seres humanos y de que la población mundial ha aumentado considerablemente, de 2,700 millones en 1930 a más de 8,000 millones. Hoy día, se ha experimentado un gran avance tecnológico acompañado de un aumento en el volumen de producción que, incluso, excede el anticipado por el brillante economista.

No obstante, es forzoso concluir que Keynes se equivocó en su visión del futuro de sus nietos. No tomó en consideración la dinámica de la distribución de la riqueza y del ingreso. La desigualdad entre regiones y entre países ricos y pobres es abismal; también lo es entre las clases sociales tanto en países pobres como ricos. Como consecuencia, gran parte de los “nietos” en este mundo son extremadamente pobres. Y lo seguirán siendo en el año 2030 y después.

Tampoco acertó Keynes en lo referente a la distribución del uso del tiempo. La jornada regular de trabajo sigue siendo significativamente mayor que las quince horas semanales que anticipara. Además, se le escapó el hecho de que el aumento de la participación de la mujer en el mercado laboral, valga insistir que no se trata de incorporación al trabajo sino al mercado laboral formal, ya que si alguien ha trabajado a lo largo de la historia es la mujer. Ha tenido el efecto de compensar el efecto de cualquier reducción de la jornada regular. Naturalmente, esto ha tenido profundas consecuencias familiares y sociales que no aparecen en el escenario de futuro que esbozara para sus nietos.

Súmese a lo anterior que el trabajo no puede considerarse como un castigo, aunque, desafortunadamente, tal extremo ha estado y está presente. Pero es innegable que también, en muchas instancias, mueve a trabajar el placer que se deriva de la tarea realizada, de la contribución social, del aprendizaje, del desarrollo personal, del reto vencido, de la creatividad lograda, de la innovación realizada. Es posible que Keynes subestimara la riqueza de la socialización vinculada a los talleres de trabajo.

Por otro lado, parece haber sobreestimado las posibilidades de alteración de los “códigos morales”. Ni ha desaparecido el patológico “amor al dinero”, podría argüirse que se ha intensificado,

ni, mucho menos, la insaciabilidad que revela el tantas veces criticado, pero ampliamente practicado, “consumismo” o lo que durante el tránsito del siglo 19 al 20 el economista y crítico social Thorstein Veblen llamara “consumo conspicuo”, típico de los superfluos estilos de vida de los ricos y de sus muchos emuladores en el resto de la estructura de clases. Abunda el despilfarro.

Hoy, a la altura de la tercera década del siglo 21, persiste, como en tiempos de Keynes, el esfuerzo por anticipar “las posibilidades económicas de nuestros nietos”. Como entonces, la pieza clave es el cambio tecnológico, desde la robótica hasta la inteligencia artificial. Pero ahora, en lugar del optimismo asociado a la ayuda que la tecnología le puede brindar al ser humano, se advierte preocupación e incertidumbre ante su potencial perverso, ya sea vía el efecto de desplazamiento en los talleres de trabajo o mediante su poder de manipulación y falsificación a lo largo y ancho de la sociedad. Los sueños sociales han sido sustituidos por pesadillas tecnológicas en las que el enriquecimiento cultural es desplazado por el empobrecimiento intelectual provocado por la inteligencia artificial. Se pone en juego, como con las armas nucleares desde hace varias décadas, la propia existencia de la humanidad.

Las nuevas preocupaciones: calentamiento global, proliferación de armas de destrucción masiva, deterioro de lazos comunales, baja tasa de natalidad, envejecimiento poblacional – nutren al pesimismo y fatalismo de estos tiempos. El mundo que aguarda a los nietos de hoy no se visualiza con el optimismo que inspiró a Keynes cuando trazó el futuro de los nietos de ayer. Igual entusiasmo expresó John Stuart Mill mucho antes, justo a mediados del siglo 19, cuando expuso su versión de lo que la escuela clásica de economía, de la que fue miembro prominente, llamara “estado estacionario”: “Casi no será necesario decir que una situación estacionaria del capital y de la población no implica una situación estacionaria del adelanto humano. Sería más amplio que nunca el campo para la cultura del entendimiento y para el progreso moral y cultural. Incluso las artes industriales se cultivarían con más seriedad y más éxito, el adelanto industrial produciría su legítimo efecto: el de abreviar el trabajo humano”.

Mill postula la necesidad de diseñar “instituciones justas” para poder convertir en “propiedad común de todas las razas humanas las conquistas hechas sobre las fuerzas de la naturaleza por la inteligencia y la energía de los descubridores científicos”. Al trazar la ruta del progreso, este clásico impugna todo tipo de desigualdad y subordinación, desde la del obrero respecto al capitalista hasta la de la mujer respecto al hombre. Por ello, no sorprende que fuera el primer economista en elogiar, por su base democrática y su independencia del Estado, a las

cooperativas de los Justos Pioneros de Rochdale. Publicó su famoso texto, Principios de Economía Política, en 1848 y La Esclavitud Femenina en 1869, cuando reinaba en la sociedad inglesa, junto al capitalismo del que fuera cuna, el credo patriarcal. No hay que disponer de mucha imaginación para sospechar la fría recepción que se le dispensó a sus ideas sobre justicia económica e igualdad social. Los editores de Mill no permitieron que su esposa, Harriet Taylor, apareciera como co-autora en La Esclavitud Femenina. Valga recordar las palabras de la escritora Virginia Wolf: “Anónimo es una mujer”. Pero la obra principal de Mill, Principios de Economía Política, no tardó en convertirse en el más importante tratado de economía de la época. Muchas de las ideas de Keynes tampoco han gozado de gran popularidad. Sin embargo, como en el caso de Mill, su Teoría General se convirtió en el eje de la macroeconomía del siglo 20.

El estado estacionario que vislumbrara Mill en 1848 y el futuro para sus nietos que soñara Keynes en 1930 lucen hoy, ya completado el plazo estipulado, tan lejanos como entonces. ¿Por qué? Porque ni el diseño de las “instituciones justas” ni la alteración en los “códigos morales” que ambos presumieran le han seguido el paso al adelanto tecnológico. Esto da lugar a lo que la escuela económica institucionalista denomina “rezago cultural”.

Los diseños institucionales y los cambios normativos son función de la relación de fuerzas, del ejercicio de poder. Las clases dominantes no ceden sus privilegios fácilmente. El rezago cultural se hace patente cuando los que se entusiasman con las nuevas máquinas que ahorran fuerza de trabajo son los mismos que se escandalizan ante las propuestas para reducir la jornada laboral. Igualmente, aplauden los adelantos técnicos en el campo de la medicina, pero obstaculizan los reclamos para establecer un plan universal de salud inspirado en justicia social.

La propia disciplina de la economía contribuye al rezago cuando se refugia en el análisis mecánico y aséptico del mercado, presumiendo que el bienestar es consecuencia de un egoísmo que se toma como “natural”: por un lado, consumidores maximizadores de utilidad; por otro lado, empresarios obsesionados por la ganancia. Se pasa por alto, aunque abunden expresiones retóricas que intentan aparentar cierto grado de sensibilidad, que el mercado no es capaz de generar automáticamente bienes como la igualdad social y la integridad ambiental.

Es evidente el esfuerzo por convertir a una disciplina de la conducta humana, una ciencia social como es la economía, en una ciencia física. Keynes la llamó pseudo-analogía, ignorándose, como críticamente señalara el afamado economista en su correspondencia del año 1938 con su colega Roy Harrod, valores, motivos, expectativas, incertidumbres psicológicas. Esto es tan errado,

añade Keynes, como suponer que la caída de la manzana obedece a los motivos de la manzana que cae y a los del suelo que la recibe. Las cosas no son seres humanos y éstos no pueden tratarse como cosas. Las más de las veces tales afanes pseudo-científicos, enredados en lenguaje matemático y en sofisticación técnica, pero al margen de verdadera teoría económica, no son inocentes. Se colocan en sintonía con determinados intereses.

En la fragua de la concepción mecánica de la disciplina nacen las populares políticas de desregulación del mercado, con sus sempiternas acompañantes de privatización y reducción del espacio público. Se exalta el individualismo y se vincula al mismo una férrea defensa de los valores e intereses de la clase propietaria y empresarial más poderosa. Ni la provisión de bienes públicos, ni el bienestar general, ni la igualdad social ni las reivindicaciones laborales figuran entre sus prioridades. La dignidad de la individualidad es desplazada por la vulgaridad del individualismo asocial.

Todo esto hace muy incierto el futuro mundo de los nietos. ¿Podría alterarse el rumbo? Sí. Pero habría que comenzar por el diseño de “instituciones justas” y cambio en los “códigos morales” como los que ya hace mucho tiempo soñaran Mill y Keynes. Para ello serán imperativos profundos cambios políticos. Por ello, la búsqueda para que lo necesario sea posible, con sus alzas y bajas, nunca se detiene.



**ASOCIACIÓN DE
ECONOMISTAS DE
PUERTO RICO**



P. O. BOX 360665
SAN JUAN, PR 00936-0665
EMAIL: ECONOMISTASPR@YAHOO.COM



www.economistaspr.com